

modo que, después de trescientos años de persecucion, en vez de aplacarse la sed de venganza de los perseguidores, era mas ardiente y rabiosa. Mas los cristianos llegaron á cansarles con su resignacion y paciencia. Los pueblos, edificados y movidos de su santa vida, convertíanse en tropel al cristianismo; y Galerio desesperó de poderlos vencer; hasta que herido de una enfermedad extraordinaria, re-  
 311 vocó sus edictos, y tuvo la misma muerte que Antioco, á quien imitó tambien en su falsa penitencia. Maximino continuó la persecucion; pero el gran Constantino, príncipe sabio y vic-  
 312 torioso, abrazó públicamente el cristianismo.

## UNDECIMA ÉPOCA.

*Constantino, ó la paz de la Iglesia.*

Esta célebre declaracion de Constantino sucedió en el año 312 de nuestro Señor. Mientras que aquel príncipe sitiaba á Majencio en Roma, una cruz luminosa se le apareció en el aire delante de todo el ejército, con una inscripcion que le prometia la victoria: esto mismo fué confirmado en un sueño. Al dia siguiente ganó aquella célebre batalla por la que Roma libertóse del yugo de un tirano, y la Iglesia de un perseguidor. Presentóse la cruz como una enseña de la defensa del pueblo romano y de todo el imperio: Poco tiempo después Maximino fué vencido por Licinio, de acuerdo con  
 313 Constantino, y tuvo un fin semejante al que tuvo Galerio. La paz fué dada á la Iglesia, y Constantino la colmó de honores. Siguióle la victoria por todas partes, y los bárbaros fueron reprimidos tanto por él como por sus hijos. Sin embargo, Licinio se indisponde con él y renue-  
 315 va la persecucion; mas batido por mar y por tierra, vióse obligado á dejar el imperio y á  
 324 perder por último la vida.

Por este mismo tiempo Constantino reunió en Nicea, en la Bitinia, el primer concilio general, en donde trescientos diez y ocho obispos, que representaban toda la Iglesia, condenaron

al sacerdote Arrio, enemigo de la Divinidad del Hijo de Dios, y formaron el símbolo en que fué confesada y establecida la consustancialidad del Padre y del Hijo. Los sacerdotes de la Iglesia romana enviados por el papa S. Silvestre, precedieron á todos los obispos en aquella célebre asamblea; y un antiguo autor griego cuenta entre los legados de la santa sede al célebre Osio, obispo de Córdoba, que fué quien presidió el concilio. Constantino tomó asiento en él, y recibió sus decisiones como un oráculo del cielo. Los arrianos simulaban sus errores y su arrepentimiento, por lo que volvieron á entrar en la gracia de Constantino.

Mientras que su valor mantenía el imperio en una profunda tranquilidad, fué turbado el reposo de su familia por los artificios de su esposa Fausta. Crispo, hijo de Constantino, pero de otro distinto matrimonio, acusado por su madrastra de haberla intentado seducir, escitó la ira de su padre, de cuya inflexibilidad no fué posible desarmarle. A muy luego fué vengado este supuesto atentado con su muerte. Fausta, convicta despues de autora de esta calumnia, fué sofocada en el baño. Pero Constantino, aunque deshonrado por la malignidad de su muger, quedó indemnizado con el honor y las satisfacciones que le procuró la piedad de su madre: élla fué la que descubrió en las ruinas de la antigua Jerusalem la verdadera cruz

tan fecunda en milagros. Tambien se encontró el santo sepulcro. La nueva ciudad de Jerusalem, que Adriano hiciera edificar, el portal ó la gruta en que el Salvador del mundo habia nacido, y todos los santos lugares fueron adornados de soberbios templos mandados edificar por Elena y Constantino. Cuatro años despues el emperador reedificó á Bizancio, á la que dió el nombre de Constantinopla, y declaróla la segunda capital del imperio.

En paz la Iglesia bajo Constantino, fué cruelmente afligida en Persia. Una infinidad de mártires consiguieron allí su fé. El emperador procuró en vano aplacar á Sapor, y persuadirle á que abrazara el cristianismo: su proteccion solo sirvió para dar á los cristianos un favorable asilo en su imperio. Bendecido este príncipe por toda la Iglesia, murió en paz y alegría y lleno de esperanza, despues de haber dividido el imperio entre sus tres hijos Constantino, Constancio y Constante. A muy poco tiempo perturbóse la concordia entre los tres hermanos. Constantino pereció en la guerra que sostuvo con su hermano Constante en disputa de los límites de su imperio. Constancio y Constante no estuvieron mas unidos entre sí: Constante defendió la fé de Nicea que Constancio combatia. Entonces fué cuando la Iglesia tuvo que admirar los largos y penosos padecimientos de san Atanasio, patriarca de Alejandría y defen-

sor del concilio de Nicea. Espulsado de su silla  
 por Constancio, fué restablecido canónicamente  
 341 por el papa san Julio I, apoyado por Constante.  
 Este buen príncipe reinó muy poco tiempo: el  
 350 tirano Majencio le mató traidoramente; pero á  
 muy luego, vencido por Constancio, se suicidó.  
 351 En la batalla en que quedaron malparados  
 353 sus intereses, Valente, obispo arriano, advertido  
 secretamente por sus amigos, aseguró á Con-  
 stancio que el ejército del tirano habia tomado  
 la huida, é hizo creer al débil emperador que  
 esto lo sabia por revelacion. Por este medio ar-  
 rojóse Constancio entre las manos de los arria-  
 nos; los obispos ortodoxos fueron espulsados  
 de sus sillars; introdujóse en la Iglesia toda el  
 desasosiego y confusion; la constancia del papa  
 Liberio sucumbe á los pesares del destierro; los  
 357 tormentos hicieron sucumbir tambien al anciano  
 Osio, en otro tiempo el sosten de la Iglesia;  
 el concilio de Rímini, de tanta firmeza al prin-  
 359 cipio, doblégóse al fin á la sorpresa y á la vio-  
 lencia; nada se hace siguiendo las formas; la  
 autoridad del emperador fué la única y la sola  
 ley; mas por fortuna los arrianos, que triun-  
 faron por estos medios, no pudieron acordarse  
 entre sí, y todos los dias variaban su Símbolo;  
 la fé de Nicea quedó subsistente; san Atanasio y  
 san Hilario, obispo de Poitiers, sus principales  
 defensorés, hiciéronse célebres entonces por to-  
 da la tierra.

Mientras que el emperador Constancio se  
 ocupaba de todas estas intrigas del arrianismo,  
 miraba con negligencia los intereses de su im-  
 perio, y los persas consiguieron grandes ventaj-  
 357 as. Los alemanes y los francos tentaron entrar  
 por todas partes en las Galias; pero Juliano,  
 359 pariente del emperador, les contuvo y les batió.  
 El mismo emperador derrotó á los sármatas, y  
 360 marchó contra los persas. Entonces fué cuando  
 361 Juliano se rebeló contra el emperador, cuando  
 apostató, cuando acaeció la muerte de Constan-  
 cio, y le sucedió en el trono Juliano, que se  
 distinguió por lo equitativo de su gobierno y  
 por el nuevo género de persecucion que hizo  
 sufrir á la Iglesia. Supo alimentar las divisio-  
 nes que trabajaban la Iglesia, excluyó á los cris-  
 tianos no tan solo de los honores, sino que les  
 drohibió que concurriesen á las escuelas; y  
 tomando la capa de la santa disciplina de la  
 Iglesia, y so pretesto de ser su imitador y de-  
 fensor, creyó volver contra ella sus propias ar-  
 mas. Moderáronse los suplicios, y no fueron  
 tan frecuentes como lo fueran en las persecu-  
 ciones anteriores; pero los ordenó bajo otros  
 pretestos, no sirviéndose del de religion. Los  
 cristianos, sin embargo, mantuviéronse fieles á  
 su emperador; pero la gloria que buscaba con  
 escesivo afan y gran ansia, fué motivo de que  
 363 pereciera; fué muerto en la Persia, en donde  
 se internó temerariamente. Joviano, su sucesor

y celoso cristiano, encontró los negocios del estado desesperados, y no vivió mas que para concluir una paz vergonzosa.

- 364 Después de él Valentiniano hizo la guerra  
366 como gran capitán; condujo á ella á su hijo  
á  
371 Graciano siendo todavía muy jóven, mantuvo la disciplina militar, derrotó á los bárbaros, fortificó las fronteras del imperio, y protegió en Occidente la fé de Nicea. Valente, su hermano, á quien nombró su cólega, la perseguía en Oriente, y no pudiendo ni ganar ni abatir á san Basilio y á san Gregorio Nacianceno, desesperó de poder vencer. Algunos arrianos añadieron nuevos errores á los antiguos dogmas de su secta. Aërio, sacerdote arriano, es señalado en los escritos de los santos padres como el autor de una nueva heregía, por haber igualado el sacerdocio al episcopado, y haber juzgado inútiles las oraciones y oblaciones que toda la Iglesia hacía por los difuntos. Otro tercer error de este heresiarca era contar entre las servidumbres de la ley la observancia de ciertos ayunos marcados, y pretender que el ayuno fuese siempre libre. Vivía todavía cuando san Epifanio adquirió celebridad por su historia de las heregías, en la que fué refutado, así como todos los demas. San Martin fué nombrado obispo de Tours, y por todo el universo resonó el eco de su santidad y de sus milagros tanto durante su vida como despues de su muerte. Va-

lentiniano murió despues de un discurso violento que hizo á los enemigos del imperio; su impetuosa cólera, que le hacia temible á todos, le fué fatal á sí mismo. Su sucesor Graciano vió sin envidia la elevacion de su jóven hermano Valentiniano II, á quien se nombró emperador á pesar de no tener mas que nueve años. Su madre Justina, protectora de los arrianos, gobernó durante su menor edad.

En pocos años vemos pasar maravillosos acontecimientos; la rebelion de los godos contra Valente; abandonar este príncipe á los persas para reprimir á los rebeldes; ver á Graciano correr para unirse á él despues de haber conseguido una señalada victoria sobre los alemanes; á Valente, que quiere él solo tener la gloria de vencer, precipitar el combate, en el que encontró la muerte cerca de Andrinópolis; porque los godos vencedores incendiaron la aldea á donde se retiró, y fué quemado en ella. Graciano, abrumado con el peso de los negocios, se asoció á sí para el gobierno del imperio al gran Teodosio, á quien encomendó el gobierno de Oriente. Los godos fueron vencidos; á todos los bárbaros se les tuvo en jaque, y lo que Teodosio no apreciaba menos, los hereges macedonianos que negaban la divinidad del Espíritu Santo, fueron condenados en el concilio de Constantinopla. En aquel concilio no se encontró reunida mas que la iglesia griega; pero

no obstante, con el consentimiento de todo el Occidente y del papa san Dámaso, fué denominado segundo concilio general.

Mientras que Teodosio gobernaba con tanta energía y suceso, Graciano, que ni era menos valiente ni menos piadoso que él, abandonado de sus tropas, compuestas todas de extranjeros, fué inmolado al tirano Máximo. La Iglesia y el imperio lloraron á este buen príncipe. El tirano reinó en las Galias aparentando estar contento con la parte que le habia tocado. La emperatriz Justina publicó, á nombre de su hijo, edictos en favor del arrianismo. San Ambrosio, obispo de Milan, no opuso á estos edictos mas resistencia que la de la sana doctrina, las oraciones y la paciencia, y supo y alcanzó con estas armas no solo conservar á la Iglesia las basílicas que los hereges querian ocupar, sino que se granjeó tambien la voluntad del joven emperador. Sin embargo, Máximo, inquieto y ambicioso, continuamente se removia y ponía todo en agitacion con sus intrigas y pretensiones; y Justina no encontró á ninguno mas fiel que al santo obispo, á quien élla trataba de rebelde: élla fué quien le envió al tirano para que con sus discursos le aplacara y le disuadiera de sus intentos: no pudo conseguirlo, y el joven Valentiniano vióse obligado á huir de Roma con su madre. Máximo se hizo dueño de Roma, donde restableció los sacrificios de los

falsos dioses, por complacer al senado que casi todo era pagano. Despues que hubo ocupado todo el Occidente, y en el tiempo en que se creia mas seguro y en paz, Teodosio, auxiliado de los francos, le derrotó en la Panonia, le sitió en Aquileya, y dejó á sus soldados que le matasen.

Dueño absoluto de los dos imperios, entregó el de Occidente á Valentiniano, que no le conservó mucho tiempo. Este joven príncipe elevó y abatió demasiado á Arbogasto, un capitán de los francos valiente y desinteresado, pero capaz de toda especie de crímenes para mantenerse en el poder que se habia adquirido sobre las tropas. Él elevó al tirano Eugenio, que no sabia mas que hablar; y mató á Valentiniano, que no queria ya ser por mas tiempo dominado por el soberbio franco. Este detestable golpe fué dado en las Galias cerca de Viena. San Ambrosio, á quien acababa de llamar el jóven emperador para recibir de sus manos el bautismo, lloró su muerte y confió en su salvacion. Su muerte no quedó impune: un milagro visible dió la victoria á Teodosio sobre Eugenio y sobre los falsos dioses, cuyo culto restableciera este tirano. Eugenio fué hecho prisionero; y fué necesario sacrificarle á la venganza pública para sofocar la rebelion. Soberbio Arbogasto, prefirió darse á sí mismo la muerte antes que recurrir á la clemencia del

vencedor, á que se habian acogido los demas rebeldes.

Teodosio, único emperador, fué las delicias y la admiracion de todo el universo. Él protegió la religion, impuso silencio á los hereges; abolió los sacrificios impuros de los paganos; corrigió la molicie, y suprimió los gastos superfluos. Confesó humildemente sus pecados, é hizo penitencia de ellos. Escuchó humildemente á san Ambrosio, célebre doctor de la Iglesia, cuando le reprendía por su iracundia, único vicio de un tan grande príncipe. Siempre victorioso, jamas hizo la guerra sino por necesidad; hizo á los pueblos felices, y murió en paz, dejando un nombre mas illustre por su fé que por sus victorias.

386 En su tiempo san Gerónimo, presbítero y  
387 retirado en la santa gruta de Belen, emprendió inmensos trabajos para explicar la Escritura, leyó todos sus intérpretes, desenterró todas las historias sagradas y profanas que pudieran esclarecerla, y compuso sobre el original hebreo la version de la Biblia reconocida y recibida por toda la Iglesia bajo el nombre de *la Vulgata*.

El imperio, que parecia invencible bajo Teodosio, varió de repente de estado en tiempo de sus dos hijos. Arcadio tuvo el Oriente y Honorio el Occidente. Los dos, gobernados por sus ministros, hicieron servir su poder para fo-

mentar intereses particulares. Rufino y Eutropio, favoritos sucesivos de Arcadio, y tan malos uno como otro, no tardaron en perecer; pero los negocios no cambiaron de faz, y el estado no estuvo mejor gobernado bajo un príncipe tan débil. Su muger Eudoxia hizole perseguir á san Juan Crisóstomo, patriarca de Constantinopla y lumbreira del Oriente. El papa san Inocente y todo el Occidente defendieron á este gran obispo contra Teófilo, patriarca de Alejandría y ministro de las violencias de la emperatriz. Hallábase entonces turbada la paz del Occidente por la irrupcion de los bárbaros. Radagaso, godo y pagano, asoló la Italia; los vándalos, nacion gótica y arriana, ocuparon una parte de la Galia y se esparcieron por la España. Alarico, rey de los visogodos, pueblos arrianos tambien, obligó á Honorio á que le abandonase estas grandes provincias ocupadas ya por los vándalos. Stilicon, embarazado con tantos bárbaros, los derrota; en seguida contemporiza con ellos, se estiende y rompe al fin su amistad, sacrifica todo á su interes, y logra conservar sin embargo el imperio que tenia el designio de usurpar.

Arcadio murió, y creyó al Oriente tan desprovisto de buenos ciudadanos, que puso á su hijo Teodosio, de edad entonces de ocho años, bajo la tutela de Isdegerdo, rey de Persia; pero Pulcheria, hermana del joven emperador, con-

templándose capaz de dirigir los grandes negocios del estado, encargóse de sus riendas, y con su prudencia y piedad sostuvo en efecto el imperio de Teodosio.

El de Honorio parecía cercano á su ruina: mandó dar muerte á Stilicon, y no supo reemplazar dignamente á tan hábil ministro. La rebelion de Constantino, la completa pérdida de la Galia y de la España, la toma y saqueo de Roma por las armas de Alarico y de los visogodos, fueron la consecuencia de la muerte de Stilicon. Ataulfo, mas furioso que Alarico, saqueó de nuevo á Roma, y en nada menos pensaba que en abolir el nombre romano; pero, por dicha del imperio, tomó por esposa á Placidia, hermana del emperador, quien supo dulcificar el duro carácter de aquel príncipe. Los godos trataron con los romanos y se establecieron en España, reservándose en las Galias las provincias confinantes con los Pirineos. Su rey Valia manejó con sabiduría y prudencia estos grandes designios. La España mostró su natural constancia, y su fé no sufrió alteracion bajo la dominacion de estos arrianos.

En el entretanto los burguiñones, pueblos germanos, ocuparon las orillas del Rin, desde donde poco á poco fueron apoderándose del pais conocido en el dia por su nombre. Los francos no echaron en olvido sus proyectos: resueltos á hacer nuevos esfuerzos para abrirse las

puertas de las Galias, elevaron al trono á Faramundo, hijo de Marcomiro, primer gefe de la monarquía de la Francia, la mas antigua y la mas noble de todas las que existen en el mundo.

El desgraciado Honorio murió sin hijos y sin disponer nada para el sucesivo gobierno del imperio. Teodosio nombró emperador á su primo Valentiniano III, hijo de Placidia y de Constantancio, su segundo marido, y le puso durante su menor edad bajo la tutela de su madre, á quien dió el título de emperatriz.

Por los mismos tiempos Celestio y Pelagio no solo negaron la existencia del pecado original, sino la gracia por la cual nos hacemos cristianos. A pesar de que trataron de ocultar y disimular sus errores, los concilios de Africa los condenaron. Los papas san Inocente y san Zocimo, á quienes sucedió el papa san Celestino, sancionaron la condenacion y la estendieron por todo el universo. San Agustin confundió á estos peligrosos hereges, é ilustró á la Iglesia universal con sus admirables escritos. El mismo padre, auxiliado de su discípulo san Próspero, selló los labios á los semi-pelagianos, que atribuian el principio de la justificacion y de la fé á las solas fuerzas del libre alvedrío.

Un siglo tan desgraciado para el imperio, y en el que se suscitaron tantas heregías, no dejó por tanto de ser feliz al cristianismo, por-

que ni hubo turbulencia que le conmoviese, ni heregía que llegase á corromperle. La Iglesia fecunda en grandes hombres, destruyó y confundió todos los errores. Plúgole á Dios, despues de las persecuciones, hacer resplandecer la gloria de sus mártires; todas las historias y todos los escritos están atestados de los milagros que Dios se dignó obrar á imploracion suya, y honrando con prodigios á los que veneraban sus sepulcros, fué estendida la gloria de su santidad por toda la tierra. Vigilancia, que contradecia los sentimientos piadosos tan bien recibidos por toda la tierra, fué refutado por san Gerónimo, y no tuvieron séquito sus doctrinas. La fé cristiana por tanto íbase afirmando y difundiéndose de dia en dia.

Empero el imperio de Occidente no podia sostenerse mas. Atacado por tantos enemigos, acrecieron su debilidad todavía mas los celos de sus generales. Por las intrigas y arterías de Aécio, Bonifacio, conde de Africa, hízose sospechoso á Placidia. Maltratado el conde, hizo venir de España á Genserico y á los vándalos que los godos espelian de ella, y se arrepintió demasiado tarde de haberlos llamado en su auxilio. El Africa fué desmembrada del imperio.

La Iglesia tuvo que sufrir males infinitos de la violencia de estos arrianos, en cuyo tiempo obtuvieron una infinidad de cristianos la palma del martirio. Suscitáronse entonces dos

furiosas heregías: Nestorio, patriarca de Constantinopla, supuso dos personas en Jesucristo; y veinte años despues el abate Eutiches confundió sus dos naturalezas. San Cirilo, patriarca de Alejandría, impugnó á Nestorio, quien fué condenado por el papa san Celestino. El concilio de Efeso, tercero general, en ejecucion de esta sentencia, depuso á Nestorio y confirmó el decreto de san Celestino, á quien, en su definicion, llaman los obispos del concilio su padre. La Virgen santa fué reconocida por madre de Dios, y la doctrina de san Cirilo fué celebrada por toda la tierra. Teodosio, despues de algunas dificultades que tuvo, sometiése al concilio y desterró á Nestorio. Eutiches, que no pudo combatir esta heregía mas que arrojándose en otro error mayor, no fué mas feliz para poderle sostener. El papa san Leon el Grande la refutó y le condenó al mismo tiempo por medio de una carta que fué reverenciada de todo el universo. El concilio de Calcedonia, cuarto general, en el que este gran papa ocupaba el primer lugar, tanto por sobresalir en su doctrina como por la autoridad de su dignidad, anatematizó á Eutiches y á su protector Dioscoro, patriarca de Alejandría. Por la carta que el concilio escribió á san Leon se ve que este papa presidió en él por medio de sus legados, así como la cabeza preside á los miembros. El emperador Marciano asistió en persona á esta gran



asamblea á ejemplo de Constantino, y recibió con el mismo respeto que éste sus decisiones. Un poco antes Pulcheria le habia elevado al imperio casándose con él, porque fué reconocida por emperatriz á la muerte de su hermano que no dejó hijo ninguno; pero siendo necesario dar un soberano al imperio, la virtud de Marciano procuróle este honor. Durante el tiempo de estos dos concilios, hizose célebre Teodoro, obispo de Ciro; y su doctrina no tendria tacha ninguna si los escritos violentos que publicó contra san Cirilo no hubiesen tenido necesidad de demasiadas aclaraciones: se las dió de buena fé, y fué contado en el número de los obispos ortodoxos.

Las Galias empezaban á reconocer á los francos. Aécio las habia defendido contra Faramundo y contra Clodio el de la larga cabellera; pero Meroveo fué mas feliz y supo formar un establecimiento mas sólido, á poco mas ó menos hácia el mismo tiempo que los ingleses, pueblos sajones, ocuparon la Gran Bretaña. Diéronle su nombre á este pais, y fundaron en él varios reinos.

En el entretanto los hunos, pueblos del Palus-Meotides, desolaron todo el universo con un ejército innumerable mandado por Atila, su rey, el mas cruel de todos los hombres. Aécio, que le derrotó en las Galias, no pudo impedirle, sin embargo, que talase la Italia. Las is-

las del mar Adriático sirvieron de asilo á muchos contra su furor. Entonces fué cuando se levantó Venecia del medio de las aguas. El papa san Leon, mas poderoso que Aécio y que los ejércitos romanos, se hizo respetar por este rey bárbaro y pagano, y salvó á Roma de ser entregada al saco; pero á poco tiempo fué espuesta á él por los licenciosos desórdenes de su emperador Valentiniano. Máximo, á cuya muerte habia violado, encontró el medio de perderle disimulando su encono, y aparentando hacer mérito de su complacencia. Por sus engañosos consejos el ciego emperador hizo matar á Aécio, único baluarte del imperio. Máximo, autor del asesinato, inspiró á los amigos del difunto la venganza, é hizo matar al emperador, subiendo él al trono por estas gradas salpicadas de sangre, y obligando á la emperatriz Eudoxia, hija del jóven Teodosio, á que se casara con él; pero élla, para librarse de sus manos, se arrojó entre las de Genserico. Roma, pues, fué presa desde este instante de los bárbaros; solo san Leon pudo impedir que todo fuese pasado á sangre y fuego. El pueblo despedazó á Máximo, y en sus males y tribulaciones solo tuvo este triste consuelo.

Todo se complicó y embrolló en el Occidente; vióse en él elevarse y casi caer al mismo tiempo á varios emperadores. Mayoriano fué el mas illustre. Avito sostuvo mal su reputacion, y